

CAMINANDO

Sept 7/41

EL SILLON CONFORTABLE

Por MERCEDES PINTO III

Con un asombro enorme leí ayer en "Avance" la réplica que Rafael Stenger hace de mi adhesión a la moción presentada en el Ayuntamiento de La Habana para que se retire —jal fin!— de la Plaza de Armas, la estatua de Fernando VII, llamado comúnmente por los buenos españoles "el rey felón".

En el artículo mío publicado en EL MUNDO, sólo me permití decir que no estoy conforme con las apreciaciones que del citado monarca español hace Stenger diciendo que "seguramente fué Fernando VII, uno de los gobernantes españoles que menos daño le hizo a Cuba".

A propósito de esto yo escribí mi leal modo de pensar al respecto. Dije la frase que repite Stenger para criticarla, que "no hemos creído nunca que el Arte ni la Estética deben prevalecer sobre el Ideal. De acuerdo con éste, se puede superar a la Belleza. A sus espaldas, nunca".

Esta frase sentida, la llama Stenger en burla "la banderita del cuento". Un cuento que nació en su artículo de la tonadillera que no alcanza aplausos y saca al final de la función una banderita para que el público por fin la aplauda...

Según este señor Stenger la "tonadillera" soy yo...

Aceptado el culto, galante y generoso símil, respondo tan sólo que si la banderita es la española republicana, me satisface llevarla siempre sobre mí; y que si el "truco"—como dice Stenger—de la banderita es con el que logro los aplausos, no lo cesaré por nada, pues es cierto que no me puedo quejar de mi querido público que aún no se ha cansado de recompensarme con su aplauso y su cariño. Como diría "Timoteo": "¡Que va, que va, Maestro, a los aplausos que han alentado mi vida allá y aquí, en ese "medio mundo" y en esa vida tasada ya por Don Rafael, no renuncio yo, ¡que va... que va...!"

A propósito de Fernando VII, y mi opinión respecto a la pronta retirada de su estatua de la plaza pública de un pueblo libre, Don Rafael Stenger irrumpe sobre mi persona de un modo tan poco simpático, que me

hace dudar de su afinidad familiar, política o de cualquier índole con lo que se refiera al viejo Fernando. Porque de no ser así, ¿en qué he ofendido yo al señor Stenger? Que se lea mi artículo y se vea si digo nada de su persona, ni si escribe mal o bien, si es alto o bajo—no lo conozco personalmente—; feo o bonito, si tiene público o lo leen cuatro gatos.

Ni una saña, ni una nota de mal compañerismo hay en mi artículo. "Usted piensa que se debe dejar la estatua". "Yo creo que no". Doy mis razones y en paz. ¿Y eso tan sencillo, de conducta tan amable y compañera de mi parte, merece el que me diga este irritado señor que yo no conozco la historia de Cuba; que me parezco a los cómicos y a las tonadilleras malas; que escribo estas cosas porque lo hago "Caminando" y que si las escribiese desde un sillón confortable no las diría; que si soy demagógica; si he escrito y hablado desde que llegué a Cuba "más que ninguno de los escritores nativos"...! En fin, tanta cosa hiriente, tanta saña, tanto odio o antipatía tan manifiesta, que me llenó a la verdad de tristeza, pues uno de mis mayores anhelos es ser buena compañera y no decirle groserías a nadie, no creyendo, naturalmente, que pueda recibir molestias como recompensa a un historial de honestidad y limpieza que me enorgullezco de tener, como escritora y como mujer.

Comienza este señor por ignorar cómo se pronuncia mi apellido. Contesto a esto en el sentido de la canción, que dice "Siendo yo de Zaragoza, que me llamen como quieran!", que para mí significa: "Haciendo la obra que hago y con la conciencia que el pueblo conoce, que me llamen como quieran, que la semilla es la que importa que quede y fructifique, aun a despecho de los que deseen ponerle encima el pie, la censura o la cruz "swástica", que de todo puede haber por esos mundos del Diablo...!"

Sin embargo, para quitarle sus dudas y que pueda nombrarme correctamente, si así lo desea, lo remito a la página 1043 del Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española.—La Fuente—editado en 1936 en Barcelona, España, (1.ª ed.) y en la guía del teléfono también está escrito correctamente).



2

Suprimido ya este primer obstáculo, responderé a otros puntos. Creo conocer la historia de Cuba,—a pesar de haber nacido en Canarias, lo cual le parece un inconveniente al señor Stenger...—pero para juzgar si Fernando VII fué o no un ser indigno de monumento, sólo se necesita conocer la Historia de España, que era también de Cuba en aquel tiempo y más o menos perverso para Cuba lo era tanto en todas sus manifestaciones y era, además, tan bruto y tan bajo de moral, que verlo en efigie levanta indignación.

Es cierto que para esto tiene Stenger ideas curiosas; como por ejemplo, esta que transcribo: "Nuestra tesis se funda en la creencia de que los monumentos tienen una función decorativa que no es posible desconocer ni olvidar. Al derribar las estatuas de los bribones glorificados, el ornato público de todas las ciudades perdería gran porción de su atractivo". ¡Y más adelante añade: "Porque las estatuas sirven para adornar los parques y no para glorificar a los héroes".

Suponemos que esto lo dice Stenger en guasa, (y no es favor, sino compañerismo...) porque nosotros, por el contrario, creemos que mejor que la estatua de un bribón, estará siempre un farol o una figura mitológica, cuyas aventuras no pueden indignarnos, ni pueden resultar ejemplarias.

Muchas cosas molestas me dice Stenger, que dejaré para no hacer más larga de lo debido esta nota, pero sí responderé a eso de que he hablado y escrito tanto, etc., etc.

¿Y qué quiere que le haga yo a eso, Stenger? Dígaselo usted al público, ya que todavía no hablo ni escribo tanto como él me pide! Yo también sé mis cuentecillos y le voy a hacer uno:

Estrenábase una obra de Bernard Shaw, y el público la aplaudió estruendosamente, menos un espectador que, furioso, silbaba gritando: "Eso está muy mal...! ¡Eso es una barbaridad!" Entonces se acercó a las bambalinas y le dijo amablemente: "Señor: yo estoy perfectamente de acuerdo en que la obra es mala; pero, ¿qué podemos hacer usted y yo contra toda esta gente que opina lo contrario...?"

En fin, y para terminar diré que, al terminar de leer en el artículo de Stenger aquello de que "un amigo le había dicho que yo había escrito el "Caminando", etc., etc., me fui a mi biblioteca y releí con cierta melancolía las dedicatorias de libros de Stenger...

Otros tiempos, sin duda, en que yo no me había metido con Fernando VII, pero en ellas me decía Don Rafael: "Para la señora Mercedes Pinto, infatigable predicadora laica, con admiración y aprecio", y en otro: "A Mercedes Pinto, de su lector adicto, Rafael Stenger".

Entonces me leía y sabía cómo se escribía mi apellido... Por cierto que en el prólogo que el autor pone a "Los amores de cubanos famosos", hace un canto verdadero al escribir **caminando**... (Y véase en esto un reclame de verdadero compañerismo que desearía no fuese interrumpida por la sombra nefasta de un Rey que hoy si viviera estaría encantado con "el nuevo orden"...

Y para demostrar a Stenger mi deseo de paz, le propongo una cosa. Me acusa de escribir **caminando**, porque no tengo sin duda un "sillón confortable" desde donde "escribiría menos a la ligera". Pues bien: el 24 de este mes que corre es mi santo. Me regala usted el sillón confortante y yo se lo agradeceré muchísimo echando en olvido su artículo y lo que en él me dice.

M. Sep 17/4

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA